

no son menos gloriosas las funciones que Dios le confía en favor de los hombres, las cuales no podrán menos de encender nuestra gratitud para con el bienaventurado arcángel, como vamos á ver en la segunda parte.

## II.

8. ¡Admirable dignación y verdaderamente grande caridad! exclama el devoto San Bernardo, considerando aquellas palabras del Profeta: *Á sus ángeles te recomendó Dios para que te guarden en todos tus caminos*<sup>1</sup>. ¿Por quién y á quiénes se ha hecho este humilde encargo? Porque humilde es y muy modesto, atendida la alteza de aquellos soberanos personajes, el cargo de velar por esta pequeña y miserable criatura que, aunque dotada de inteligencia y destinada á la posesión del mismo Dios, es, sin embargo, una masa de corrupción y un puñado de asquerosos gusanos. «¿Quién es el hombre para que tanto le engrandezcas?»<sup>2</sup> Tan grande es, en efecto, la bondad del Criador para con el hombre, que no se desdeña de poner á los mismos ángeles á nuestro servicio, ya como compañeros de nuestra ardua peregrinación, ya como ayos y tutores de nuestra debilidad, ya como protectores poderosos, ya, en fin, como dispensadores de toda clase de servicios. Mas ¿qué maravilla que los ángeles, con ser los domésticos de Dios, nos sirvan cariñosamente, cuando el mismo Hijo de Dios, á quien sirven de rodillas las más altas potestades, se ha dignado venir al mundo para servirnos de infinitas maneras? ¡Oh! ¡cómo debería ano-

<sup>1</sup> Ps. 90, 11.

<sup>2</sup> *S. Bern.* in Ps. 90. Brev. Rom. die 2 Oct. lect. 4.

narnos en presencia del Altísimo tanta dignación! Y ¿rehusaremos después de esto someternos gustosos al servicio de nuestro Criador? Y ¿tendremos atrevimiento bastante para insultar su amorosa providencia? ¡Ah! nos dice el Sabio: *No digas delante del Ángel que no hay Providencia*<sup>1</sup>, porque este solo argumento bastaría para demostrarla. En efecto, hermanos míos, la asistencia de estos espíritus bienaventurados que, aunque invisibles á nuestros ojos de carne, están siempre á nuestro lado, nos acompañan durante la vida, presentan al Señor nuestras pobres oraciones, y nos sirven de mil modos, principalmente en orden á la salud eterna, es uno de los dogmas cristianos más consoladores, así como de los más sólidamente apoyados tanto en la Escritura como en la Tradición y hasta en el instinto racional del hombre<sup>2</sup>. Básteme hacer estas indicaciones, cuya declaración exigiría un discurso aparte, para pasar á ocupar vuestra atención con los benéficos oficios que, en particular, ejerce para con nosotros el amable San Rafael, y que, para compendiar, los reduciremos á tres, á saber, de compañero, médico y protector. *Medicum et comitem, in virtute alligantem demonem*<sup>3</sup>.

9. Recordad, amados fieles, la dulce y maravillosa historia de Tobías. Apenas sale el buen hijo á la calle á buscar por orden de su padre un compañero para el largo y peligroso camino que necesitaba emprender desde Nínive hasta Rages, cuando un gallardo mozo se le pone delante, en traje y disposición de caminante.

<sup>1</sup> Prov. 5, 5.

<sup>2</sup> *Præesse angelos absoluta auctoritas est (S. Hilar.).*

<sup>3</sup> *Ecl. in offic.*

«Hola, buen joven, dícele Tobías, ¿conoces el camino que conduce á la región de Media?»<sup>1</sup>. — «Perfectamente, respóndele el viajero; lo he trajinado mucho, y conozco también á Gabelo que mora en Rages, adonde tú quieres ir.» Presentado el incógnito al anciano, le asegura que él llevará seguro á su hijo y le devolverá á su lado sano y salvo, sirviéndole también de mercenario. El pobre anciano abraza á su hijo y le despide, triste pero lleno de confianza, diciendo á la llorosa madre: «Creo que mi hijo volverá sin daño alguno: es un ángel de Dios quien le acompaña.» Y el santo anciano no se equivocaba. Era, en efecto, no un ángel cualquiera, sino un eminente arcángel, era Rafael el que Dios había dado por compañero á aquel joven modelo de virtudes. «Aprended por aquí, reflexiona juiciosamente el Doctor San Agustín<sup>2</sup>, cuánto vale la limosna, cuánto aprovecha sepultar á los muertos y hacer obras de misericordia, cuán acepta es á Dios la piedad y la observancia de la ley divina, pues así la recompensa dando á sus siervos por compañero y aun sirviente, tan excelso personaje.» Seguid el curso de aquella prodigiosa peregrinación por las riberas del Tigris, y veréis, en medio de risueños cuadros y variados sucesos, la solicitud más tierna, el cariño más acendrado y la más exquisita diligencia por parte del celestial compañero para con su querido cliente. Bien decía el santo anciano: *Es demasiado bueno y fiel el hombre que acompaña á mi hijo*<sup>3</sup>. Sí, no podía serlo más, siendo quien era, el mismo Rafael. Por eso le devuelve, no sólo sano y salvo, sino rico y feliz, á los

<sup>1</sup> Tob. 5, 5 sqq.

<sup>2</sup> Serm. 226 De temp.

<sup>3</sup> Tob. 10, 6.

brazos de su padre, que, en unión de toda una familia de santos, no se harta de bendecir al Dios del cielo, y convidar á todos los vivientes de todos los siglos y naciones á pregonar sus grandes misericordias. Ved ahí, mis amados hermanos, el compañero fidelísimo que también á nosotros se nos ha concedido para que nos guíe y conduzca con felicidad por este áspero y peligroso camino de la vida terrestre, cuyo término es la patria de los verdaderos hijos de Dios. Así lo reconoce la Iglesia, que lo tiene por ángel tutelar de los viajes y viajeros, apoyándose, no sólo en los Libros santos, sino en millares de hechos que registran las historias eclesiásticas. Á San Macario Romano se le da por compañero, hablándole casi en los mismos términos que á Tobías, y no sólo le acompaña por los caminos de la tierra, sino que le lleva por los de la eternidad, conduciéndole, ora al lugar de los tormentos, ora á la región de los deleites eternos. El insigne navegante y primer descubridor de las Indias Orientales, Vasco de Gama, no hubiera llegado á coronar su memorable empresa, doblando el Cabo de Buena Esperanza, si no llevara á San Rafael por guía y jefe de sus descubrimientos. Así lo atestigua el haber puesto ese nombre á una de sus carabelas, y haber levantado una columna á San Rafael en la primera tierra donde fijó el pie victorioso. Ejércitos cristianos se han visto conducidos por nuestro arcángel á través de terrenos intransitables hasta aportar al teatro de la victoria: así aconteció al ejército de Teodosio en lucha con el tirano Juan, á principios del siglo v<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> A Lapide, Comm. in Tob. l. c.

10. Pero ¿qué lengua podrá encomiar dignamente la caridad de nuestro celestial Médico, cuando su mismo nombre de Medicina de Dios tan altamente la proclama? El mismo arcángel asegura á Tobías, ciego de cuatro años, que ha sido enviado expresamente para curarle, así como á Sara, de la opresión del demonio<sup>1</sup>. ¡He ahí al médico taumaturgo que trae del cielo el remedio no sólo para las enfermedades del cuerpo, sino para las del alma! Porque es un hecho que restituyó á Tobías la vista, y ahuyentó al demonio del hogar de la desventurada joven que lloraba como irremediable su desgracia. Que haya sido natural en todo ó en parte la curación de la ceguera de aquel varón santo, como pretenden algunos, alegando la eficacia de antiguo reconocida en la hiel de ciertos peces, para corroer las falsas membranas formadas sobre los ojos y hacerlas caer á manera de escamas; ó bien del todo sobrenatural, como parece más probable, ¿qué facultativo de la tierra puede compararse con el médico del cielo? Ni fué único el caso de Tobías; pues, como debe creerse, no era otro que Rafael aquel ángel de que habla el Evangelio<sup>2</sup>, que á ciertos tiempos bajaba á remover las aguas de la Piscina de Betsaida, y por aquel medio milagroso curaba de la más incurable enfermedad, ora á un ciego, ora á un cojo, ora á un parálítico. ¡Qué de curaciones obradas por el bendito arcángel, no con aplicación de medicinas terrenas, sino con la sola presencia del que es Medicina de Dios! Y, si fuésemos á registrar las historias y á consultar las tradiciones privadas, ¿no hallaríamos innumerables hechos

<sup>1</sup> Tob. 12, 14 (Misit me Dominus ut curarem te).

<sup>2</sup> Io. 5, 4.

de portentosas curaciones verificadas en todos los países del mundo por la mano del gran Patrono de los hospitales de Caridad? ¿No fué él quien, en forma visible, acompañó más de una vez á San Juan de Dios en el servicio de los enfermos? Atestígüelo España, donde la festividad de San Rafael, introducida canónicamente en la liturgia hace dos siglos, prueba la muchedumbre de los favores obtenidos: acredítelo nuestra América, no menos piadosa ni menos reconocida á las gracias de sanidad impetradas por la invocación del gloriosísimo arcángel... ¡Ah! pero ¡qué son, hermanos míos, las dolencias que aquejan este miserable cuerpo que, tarde ó temprano, ha de pagar tributo irremediable á la tiranía de la muerte, comparadas con esotras dolencias cruelísimas que afligen á nuestra alma, la postran en el lecho de su propia degradación, la reducen al más lamentable estado de corrupción, debilidad y miseria hasta conducirla al término fatal de la muerte, y muerte eterna! ¿Cómo es posible que tanto nos preocupen las enfermedades corporales, y tan poco las del espíritu? ¿que, para librarnos de aquéllas por algunos días y escapar de la muerte por breve plazo, imploremos con impaciente ardor el auxilio del celeste Médico, y para sanar de éstas otras no nos venga siquiera al pensamiento invocar el auxilio del arcángel? ¡Quién me diera poder descubrir á tantos que se creen sanos, porque no se conocen las llagas horribles que llevan en el corazón, sobre todo aquellas úlceras cancerosas del más abominable de los vicios, la sensualidad, causa de tantos estragos de alma y cuerpo, y aun de muertes espantosas! Testigos aquellos siete desventurados maridos de la casta hija de Raguel, sofocados por el demonio en la primera noche de sus bodas en justo cas-

tigo de su libertinaje. «*Yo te enseñaré*, dijo Rafael al joven Tobías, *sobre quiénes tiene poder el demonio*; son aquellos que aun en el estado del matrimonio excluyen á Dios de sí y de su pensamiento para no pensar sino en soltar la rienda á sus pasiones, ni más ni menos que las bestias.»<sup>1</sup> ¿Qué diría el santo arcángel de aquellos esclavos del vicio que, dentro y fuera del matrimonio, viven totalmente entregados á los perversos deseos de su corazón? ¡Ojalá no sean ellos mismos nuevos escarmientos del poder del demonio sobre las almas corrompidas!

II. Acojámonos al poderoso patrocinio de este genio tutelar. Él está dispuesto á hacer con sus devotos los mismos buenos oficios que ejercitó con el virtuoso Tobías. «¿Qué le daremos en pago de tantos beneficios que sea proporcionada recompensa?—decía el agradecido cliente;—aunque le ofreciéramos todos nuestros bienes, jamás podríamos desempeñarnos.» En efecto, cristianos: ¿quién es capaz de enumerar someramente los favores que nos dispensa nuestro Protector? No sólo nos acompaña por las sendas de la vida, librándonos de innumerables riesgos de perderla, sino que, haciéndose gerente de nuestros negocios, y hasta de nuestra felicidad temporal, nos proporciona bienes convenientes para nuestra salvación, y estado feliz para servir á Dios: en una palabra, «nos colma de todos los bienes»<sup>2</sup>. Y, como si todo esto no bastara á su generosidad, nos da paz y alegría en el Señor, serenando nuestros pechos turbados por el temor de los males que nos rodean<sup>3</sup>. ¿Qué más? Él nos enseña con las máximas de la más exquisita prudencia el gran secreto de la vida en el

<sup>1</sup> Tob. 6, 17.

<sup>2</sup> Bonis omnibus per eum repleti sumus (Tob. 12, 3).

<sup>3</sup> Pax vobis: nolite timere (ibid. 12, 17).

tiempo y en la eternidad: temer á Dios, obedecer á sus preceptos, bendecirle en todo tiempo y circunstancia, practicar obras de misericordia y de piedad. Aprendamos, amados hermanos, tan saludables lecciones, para que algún día, después de merecer la protección del santo arcángel durante nuestra peregrinación sobre la tierra del cautiverio, podamos decir con él: «Tiempo es ya de volver al seno del Criador, para gozar eternamente de su vista en compañía de los ángeles y bienaventurados.» Así sea.

### PANEGÍRICO DE SAN AGUSTÍN, OBISPO Y DOCTOR

(predicado en la fiesta de su conversión, en la iglesia de la Candelaria, de Bogotá, 1896).

#### Victoria de San Agustín en su conversión.

Qui vicerit, faciam illum columnam in templo Dei mei... et scribam super eum nomen Dei mei et nomen civitatis Dei.

Al que venciere, le haré columna en el templo de mi Dios, ... y escribiré sobre él el nombre de mi Dios y el nombre de la ciudad de Dios.

Apoc. 3, 12.

1. Nada regocija tanto al corazón humano como el grito de victoria. Á este acento penetrante, mágico, envuelto en ondas de marcial armonía, engrandecido por el sonoro estruendo del cañón y del sagrado bronce, repercutido por mil voces en calles y plazas, los bravos se transportan de entusiasmo loco; los medrosos y afligidos respiran; los indiferentes se despiertan de su insensato marasmo; la tierra se inunda de alegría, y hasta la muda naturaleza parece participar del regocijo uni-